VALERA Y LAS DAMAS *LICURGAS*

Ángeles Ezama Gil
Universidad de Zaragoza

La correspondencia de Don Juan Valera es un documento de inestimable interés para el estudio de diversos aspectos de la vida española en el siglo XIX; entre ellos no es el menos importante el de la lengua; las cartas son punto de referencia para documentar frases hechas, neologismos, jergas o préstamos lingüísticos, o para explicarlos[1]; citaré algunos ejemplos:

> Hallé a Joaquín muy afilustrado y culto con los viajes: habla fino silbando las eses, y aunque culón y gordote, parece un *dandy* de los más *fashionables*, un nuevo Alcibíades. Dentro de seis o siete días hará el sacrificio de ir a tomar posesión de su nuevo destino en el *Haiga*. (Carta a Dolores Delavat de 19 de septiembre de 1888)[2].
>
> Si esto de erigir estatuas no fuese tan costoso y se pusiese en moda, y hasta a los vivos se erigiesen, ¿cómo llamaríamos al vivo *estatuaficado?*, ¿qué título le daríamos? Yo sin vacilar le llamaría *idolatrado*, o si este vocablo parece ya harto manoseado y vulgar, le llamaría *iconomismado*, acudiendo por otro camino igualmente a la lengua griega. (Carta al Doctor Thebussem de 13 de octubre de 1888).
>
> Y, a propósito, de la palabra *plepa*, que acabo de emplear y que significa mueble inútil y sin valor, no puedo resistir al deseo de decir a Vd. una etimología que me dieron días pasados y que me hizo mucha gracia. Cuentan que un general francés, durante la guerra de

---

[1] El uso de la lengua en la prosa de Valera ha sido objeto de escasísima atención crítica; véanse, v.gr. Cyrus DeCoster, «Valera's use of neologisms», en AA.VV., *Perspectivas de la novela. Ensayos sobre la novela española de los siglos XIX y XX, de distintos autores, con una nota introductoria de* Alva V. Ebersole, Valencia, Artes Gráficas Soler, 1979, pp. 49-54 (Ediciones Albatros Hispanófila, 5); Antonio Moreno Hurtado, «Valera filólogo», en *Don Juan Valera y su relación con las literaturas extranjeras*, Cabra (Córdoba), Gráficas Flora, 2003, pp. 49-79.

[2] Citamos las cartas por la edición de la *Correspondencia* dirigida por Leonardo Romero Tobar, y en la que han colaborado Enrique Serrano Asenjo y Ángeles Ezama Gil, Madrid, Castalia, vols. I-IV, años 2002-2005, y en curso de publicación.

la independencia, compraba en Sevilla caballos para la remonta de su tropa. Y siempre que los chalanes le traían pencos o jamelgos, decía: *il ne me plait pas*. Por donde los chalanes dieron en llamar a todo caballo malo una *plepa*, y desde entonces es *plepa* todo lo ruin e inútil. (Carta al barón de Greindl de 3 de agosto de 1890).

En Madrid, además, no tendré la mortificación de amor propio que tengo aquí cuando me comparo con los otros embajadores y me reconozco embajador de tres al cuarto o de *perro chico*, como ahora se dice, porque los nuevos cuartos se llaman *perros chicos*. (Carta al barón de Greindl de 1 de julio de 1895).

Pues bien, la invención léxico-semántica la lleva Valera a la voz *licurgo*, proverbialización del nombre propio del legendario legislador (siglo IX a.C.) al que se atribuía la constitución de la antigua Esparta, y al que la Pitonisa de Delfos declaró el más sabio de los hombres. Esta voz no se incorpora al DRAE hasta la edición de 1925, figurando luego en las sucesivas. En género masculino se documentan algunos testimonios en el siglo XIX, e incluso anteriores, en los que la voz *licurgo* tiene el sentido de 'sabio'; en género femenino es una invención de Valera para referirse a las mujeres sabias, aunque no siempre con las mismas connotaciones.

Licurga es término de uso frecuente en las cartas, raro en los artículos de crítica y más aún en las novelas. Quizás sea de origen conversacional, lo que explicaría su mayor frecuencia de aparición en ese medio de comunicación que es el epistolar; así, en las *Cartas americanas* afirma el escritor: «Nuestros padres y abuelos, hartos de discreteos, latines y tiquismiquis de las damas de Calderón, condenaron el saber en las mujeres, denigraron a las mujeres sabias con los apodos de licurgas y marisabidillas, y pusieron el ideal femenino en la más crasa ignorancia.»[3]; un uso similar del término se encuentra en la novela *Genio y figura*:

Rafaela, que gustaba tanto de educar a los otros, no se había descuidado en aquellos últimos años, y singularmente desde que era gran señora, en formar su corazón y su espíritu, leyendo no pocos libros, sobre todo de novelas y poesías. Según vulgarmente se dice, se había hecho bastante *licurga* o marisabidilla. Con el inglesito hablaba de artes, de religión, de historia y hasta de filosofía[4].

---

[3] Juan Valera, «El Parnaso colombiano. IV» (3 de septiembre de 1888), *Cartas americanas* (1890), en *Obras completas*. Tomo III, Madrid, Aguilar, 1958, p. 274

[4] Juan Valera, *Genio y figura*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 122

Las voces *licurga* y *marisabidilla*, no son, sin embargo, enteramente idénticas en cuanto al sentido. *Licurga* posee diversos matices, mientras que *marisabidilla* tiene siempre un valor despectivo, tanto en Valera como en general en el siglo XIX: es un insulto con el que se fustiga a las mujeres con afición por el saber y la escritura y a las que presumen de sabias. Así, Cayetano Rosell dedica uno de los artículos de *Los españoles pintados por sí mismos* al tipo de «La marisabidilla», a la que define: «es una mujer, que guiada meramente por sus observaciones, o formalmente entregada a las tareas del estudio, ha adquirido una instrucción más o menos extensa, y se cree con derecho a mezclarse en todas las cuestiones, y a ser oráculo, juez y árbitro en todas ellas»[5]; este tipo femenino puede exhibirse en la conversación o en la escritura: «si habla su conversación es interminable, pues nada puede compararse a la ductilidad que adquieren sus palabras con la especial estructura de su lengua; si escribe ¿no se semeja su expansión a la incesante y fecunda lluvia de otoño, para valernos de un símil digno de su delicado ingenio?»[6]; por lo mismo, Rosell utiliza como equivalentes los términos de *marisabidilla, literata* y *poetisa*. La marisabidilla vulgar es, según Rosell, poco o nada atractiva, a diferencia de la marisabidilla culta, hermosa y elegante[7]; a la primera se refiere sin duda Valera cuando afirma: «ahora apenas hay justo medio entre la marisabidilla y la aborrecedora de nuestra literatura, y [...] por desgracia, la marisabidilla casi siempre es fea. La hermosa, la elegante y la naturalmente discreta hemos notado con dolor que profesan un odio invencible a la literatura, y sobre todo a la poesía»[8]; y cuando dice sobre su sexo: «La mujer que en cierto modo deja de ser mujer y se *neutraliza* para ser literata o autora, comete muy grave pecado: es una semisuicida. Por eso no pocos hombres tienen profunda antipatía a las mujeres sabias: lanzan contra ellas mil epigramas, y las llaman marisabidillas y otros feos apodos»[9].

---

[5] Cayetano Rosell, «La marisabidilla» en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Gaspar y Roig editores, 1843, p. 415. Véanse otras referencias al tipo en la edición que hace Ángeles Ayala de la novela de Emilia Pardo Bazán, *Memorias de un solterón* (1896), Madrid, Cátedra, 2004, p. 152.

[6] Cayetano Rosell, 1843, p. 415

[7] *Ibid*em, pp. 416, 421-422

[8] Juan Valera «Revista dramática III» (Madrid, 13 octubre 1861), en *Obras completas*, Tomo II, Madrid, Aguilar, 1961, p. 248. Del tópico también se hace eco Clarín, «Cartas de un estudiante. Las literatas», *La Unión*, nº 250, 29 de junio de 1876, p. 1.

[9] Juan Valera, 1961, p. 1133, «Una poetisa ítalo-hispana» (1904). También en esta opinión coincide con Clarín, 1876, p. 1.

Marisabidilla es voz que Valera utiliza sobre todo en sus trabajos de crítica literaria; su presencia es rara en las cartas, v.gr.: «La hermana del Rey, la princesa Amelia, es también marisabidilla y autora, y ha escrito comedias, novelas y no sé qué más» (carta a S. Estébanez Calderón de 28 de febrero de 1855), «Las señoras se dan aquí de marisabidillas; hablan muy bien el francés, hacen calembours, y han leído las novelas de Paul de Kock» (carta a José Freuller de 29 de diciembre de 1856). El escritor forja, además, un neologismo sobre la palabra citada, el de *marisabidismo*: «Los holandeses [...] hacen también vida eremítica [...] Ayer tarde estuve allí con Manos a hacerles una visita y conocer a la señora, que es rusa, y cuyo talento, bondad y *marisabidismo* me había elogiado mucho Greindl. Esta señora, en efecto, me ha parecido amable, muy licurga y muy parlanchina» (carta a Carmen Valera de 7 de julio de 1894).

Por otra parte, las voces *sabia* y *sabida*, a las que *licurga* aparece vinculada en ocasiones, son elogiosas; v.gr.:

> Como hace tan mal tiempo, no he podido gozar aún de las delicias que nos ofrece y a que nos convida el ministro de Holanda, en su quinta alquilada a más de una hora de aquí, en coche. Él parece el patrón de un bergantín mercante, pero dicen que su mujer es una Licurga, casi tan sabia como Doña Emilia Pardo Bazán. (Carta a Dolores Delavat de 21 de junio de 1894);
>
> Entre las damas del país hay algunas muy licurgas y sabidas. De la que yo me he hecho más amigo es de Mme. de Denterghen, que es dama de la Reina; de más de cincuenta años. No hay miedo de nada pecaminoso. Y es señora muy discreta, instruida y alegre. (Carta a Menéndez Pelayo de 31 de enero de 1887).

Por el contrario, *sabihonda* y *redicha* tienen un marcado carácter irónico, que se traslada a *licurga* cuando se asocia con ellas. V.gr.: «La gente es muy buena y amable con los extranjeros, y las damas, aunque no despuntan por hermosas, presumen, y con razón, de muy licurgas, redichas y sabihondas» (carta a José Freuller y Alcalá Galiano de 12 de febrero de 1855). La presunción de sabiduría es un estigma que acompaña a muchas de las mujeres conocidas por Valera, sobre la que éste ironiza: «Las mujeres del país son aficionadísimas al visiteo, y reciben de noche y de día. No pocas presumen de discretas y sabidas; hablan de política y de ciencias más o menos exactas y largan latines. Gustan además de escribir muchas epístolas» (a Dolores, 20 de mayo de 1884), «Anoche estuve en casa de una baronesa de Langenau,

que tiene una lengua como un hacha y presume de sabia y discreta» (carta a Vega de Armijo de 22 de marzo de 1893).

La dama *licurga* es la sabia: «La jueza suprema de que te hablo, vieja ya y madre de la señorita más licurga de aquí, se emborracha y se pone muy chistosa. Su hija sabe latín y algo de griego. Otra señorita hay que traduce ahora a Platón» (carta a Carlos Valera de 7 de mayo de 1884) o la que presume de sabia: «Aquí tenemos ahora mismo de ministro del Brasil al barón de Itajubá. Su mujer es fea, pero muy amable y presume de licurga» (carta a Dolores Delavat de 25 de diciembre de 1885); aquella a la que gusta de leer: «La nobleza, sin embargo, y hasta las damas que, como he dicho a usted, ya son aquí muy licurgas, suelen pensar en las cosas santas y leer libros de religión. Y los libros que leen son católicos, y si algún sentimiento religioso tienen en el alma es un sentimiento católico» (carta a Leopoldo Augusto de Cueto de 18 de abril de 1857). Además, la dama *licurga*, como la marisabidilla, es con frecuencia fea: «El Sr. Cleveland es materialmente un tío feroz [...]. Tiene una hermana, doncella, que parece una mona; nada más feo ni peor pergeñado. Esta señorita, que hace ahora aquí el papel de princesa de Asturias, presume de sabia y licurga, pues ha sido maestra de miga» (carta a Dolores Delavat de 17 de marzo de 1885).

La *licurga* suele esgrimir su sabiduría en el arte de la conversación, no necesariamente en la escritura; aunque hay excepciones como la de la condesa Rostopchin, que reúne en su persona un conjunto de cualidades que Valera desearía ver reunidas en las literatas occidentales:

> fui a visitar a la condesa Rostopchin[10], para la cual traje una carta de recomendación de Sobolevski. Esta Condesa es la Safo de Rusia[11], y ha escrito y publicado no sé cuántos tomos de poesías líricas muy celebradas y dignas de serlo, y hasta cierto punto populares. Ha escrito, asimismo, comedias y proverbios imitando los de Musset, y hasta tragedias más o menos clásicas; pero se dice que no le da el naipe por

---

[10] *Condesa Rostopchin*: Es la Yevguenia Rostopójina de que habla Verena von der Heyden-Rynsch, célebre por sus veladas musicales y sociales y por sus sábados literarios organizados en San Petersburgo, Heyden-Rynsch, *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida*, Barcelona, Península, 1998, pp. 160-161.

[11] Safo (s. VII-VI a.C.): la poetisa natural de Mitilene, en la isla de Lesbos, constituye en el siglo XIX el paradigma por excelencia de la escritura femenina; véase, por ejemplo, el artículo de Carolina Coronado, «Los genios gemelos: Safo y Santa Teresa», *SPE*, 24 marzo 1850.

este juego. La condesa Rostopchin creo que sea hasta hoy la más famosa poetisa de Rusia. Aunque las damas rusas son en extremo licurgas, no se entregan aún con tanto furor como las inglesas, francesas y alemanas al demonio de la vanidad literaria, y rara vez escriben, satisfechas con mostrarse en la conversación profundos pozos de ciencia e inagotables veneros de sabiduría [...] Esta sabia e inspirada Condesa lleva de ventaja a nuestras literatas españolas que no lo da de pitonisa ni de extática, y que es, ante todo, una dama elegante y agradable, muy parlanchina, pero sin presumir de docta. Aunque lo es, y natural y franca y buena señora. Está ya en el ocaso del sol de su hermosura, que debe de haber sido más agradable y suave que brillante. Es pequeñita, y a pesar de sus largas vigilias, meditaciones poéticas y sentimientos que debe haber tenido, como poetisa que es, no ha enflaquecido ni se ha aniquilado, sino que está de buen año y fresca como una lechuga, sin sentir el inquieto malestar de las damas–genios ni tener vahídos o nervios, como ahora se dice, sino *mens sana in corpore sano*. Los ojos y el pelo de la Condesa son negros y reluciente, y más se la creería nacida en Andalucía que por estas regiones heladas [...] La Condesa no me habló de sí misma ni de sus obras, sino hasta que yo diferentes veces hube tratado en vano de hacerla hablar de sí y de ellas, lo cual, para los que saben cuán ocupadas están siempre de su personalidad las literatas de Occidente, será modestia extraña y digna de elogio. (Carta a Leopoldo Augusto de Cueto de 18 de mayo de 1857).

Lo cierto es que el término *licurga* no se aplica, sino en raras ocasiones a las escritoras; v.gr. a la humanista Luisa Sigea[12]: «Creo que sobre Luisa Sigea podría Vd. escribir treinta cuartillas escritas por un lado, esto es, 15 de Vd. dobles, o bien escribir dos artículos, si la vida de la mencionada Licurga y el examen de sus obras se presta a más» (carta a Gumersindo Laverde de 2 de agosto de 1860), e, indirectamente, a Emilia Pardo Bazán: «Él parece el patrón de un bergantín mercante, pero dicen que su mujer es una Licurga, casi tan sabia como Doña Emilia Pardo Bazán» (carta a Dolores Delavat de 21 de junio de 1894). De hecho, Doña Emilia es para Valera un paradigma de *sabia*, al igual que para Clarín[13]: «Desde que estoy aquí he recibido bastantes

---

[12] *Luisa Sigea*: esta sabia española del siglo XVI recibió una educación muy esmerada: poseía profundos conocimientos en filosofía, hablaba latín, griego, hebreo, árabe y sirio; fue preceptora de la infanta Doña María de Portugal; de su creación literaria nos han llegado una serie de poemas latinos, entre ellos el dedicado a «Cintra», algunos en castellano, el *Duarum virginum colloquium de vita aulica et privata* y varias epístolas en latín y en castellano (Díez Canseco, op.cit., vol. III, 1845, pp. 458-459).

[13] Clarín, *Folletos literarios VII. Museum (Mi revista)*, Madrid, julio de 1890, p. 58.

cartas de literatos, más o menos ilustres, alemanes, húngaros y bohemios, y también de varias Pardo Bazanas de por acá» (carta a Menéndez Pelayo de 8 de agosto de 1893 desde Viena); «Como novelista goza aquí altísima fama, una a modo de la Pardo Bazán, llamada María de Ebner–Eschenbach. Es hermana de Dubsky, embajador de Austria en Madrid» (*Ibíd*em, 24 de diciembre de 1893).

Como a doña Emilia, a las damas españolas Valera prefiere aplicarles el calificativo de *sabias*: «Dé Vd. de parte mía mil cariñosas expresiones a todas las sabias del Museo de Alejandría, a Lydia y a Hipatia sobre todo. Mis afectos también a Ródopis y a Rebeca» (carta a Menéndez Pelayo de 27 de abril de 1881), «Aquella sabia, que conociste en casa de la duquesa de la Torre y luego viste en Lisboa, ya amiga, ya enemiga de la Coronado, está en Méjico, ilustrando y civilizando a las mujeres»[14] (carta a Dolores Delavat de 10 de diciembre de 1884), «Mucho echo de menos nuestros almuerzos literarios, nuestras tertulias clandestinas, la casa de Bauer, las juntas de la Academia y aun el trato de ciertas Diótimas, Hipatias y Ródopis madrileñas. Esto, sin embargo, es lo que menos falta por acá. Tengo sabias amigas y una, sobre todo, que es un prodigio de desatinada, alegre y triste, según le da, y conocedora de todos los filósofos y de todos los poetas» (carta a Menéndez Pelayo de 14 de diciembre de 1885).

Además de esta acepción de *licurga* de carácter intelectual, el término se utiliza también en la prosa de Valera en otro sentido, como sinónimo de experimentada mujer de mundo, v.gr. en una carta a Leopoldo Augusto de Cueto de 6 de mayo de 1857:

> he ido a ver y a consolar, si por dicha ha menester consuelo, a la princesita Suvárov–Italianski, a quien este coquetón del Duque abandona por Magdalena. Esta princesita tiene un talento maravilloso y es tan licurga que sólo la Dolgoruki, *demoiselle d'honneur*, aquella que parece una emperatriz y de quien la envidia dice cosas indignas, la vence y sobrepuja en estar adoctrinada. Pero con la Dolgoruki sabe uno a qué atenerse, porque siendo tan señoril y majestuosa y dignándose apenas hablar a la gente, si por fortuna le sonríe a uno o le dirige la palabra, ya puede ponerse hueco y tenerlo por singularísimo favor. Mas la Suvárov es tan dulce, buena y amable con todos, que no acierta uno a determinar si la bondad con que le trata es la excepción o la regla.

---

[14] Se refiere a la escritora Concepción Gimeno de Flaquer.

Con este sentido se aplica también en la novela *Pasarse de listo:*

> El ingenio lo puede todo. Voy, no obstante, a indicarte los tres principales escollos en que puedes tropezar si te pones a mirar a los hombres [...] tercer escollo: que, poseedora de la ciencia del mirar y de las otras ciencias que la del mirar presupone, no atines a disimular y velar esta sabiduría, y te acusen y zahieran de lagarta, de *licurga,* de desenvuelta y libre y de harto sabida para soltera[15].

Y en el artículo sobre las «*Cartas de mujeres (primera serie)* por Jacinto Benavente»: «El mencionado sofista Alcifrón tiene ya cartas como, por ejemplo, una de Glicera al célebre poeta cómico Menandro, que nada tiene que pedir ni que envidiar a las que se escriben en el día en nombre de la cortesana o hetera más enamorada y más licurga»[16].

Licurgas son, por tanto, las mujeres sabias, pero también las expertas en lides amorosas; ambos extremos se encuentran reunidos en la figura de la hetera griega, cuyo modelo paradigmático es la ateniense Aspasia, una mujer pública (que no una mera cortesana), en la que se funden belleza y talento:

> Más pagada ciertamente de su ingenio y de sus estudios que de su hermosura y de sus gracias, abrió escuela de retórica, enseñó el arte de bien decir en griego [...] dio lecciones de retórica, y más por estas que por las gracias y por la hermosura de su cuerpo, se asentó en el coro de las glorias griegas y dominó así en el ánimo de Pericles como en el entendimiento de Sócrates. En estas conferencias encontró a su Aspasia Pericles[17].

Este ideal femenino, afirma Valera, se halla ya periclitado:

> Nuestras damas elegantes no comprenden la cortesía sino en francés, y no se curan tampoco de inspirar a nuestros poetas ni de aplaudirlos. Aspasias, Gliceras y Lesbias tampoco tenemos. Así es que los amores, los discreteos y los apasionados coloquios de la alta comedia tienen las más veces que ser completamente soñados, y no como

---

[15] Juan Valera, *Pasarse de listo,* en *Obras completas. Tomo I,* 5ª ed., Madrid, Aguilar, 1968, p. 470.

[16] Juan Valera, 1961, pp. 1085-1086. «*Cartas de mujeres (primera serie)* por Jacinto Benavente».

[17] Emilio Castelar, «Aspasia», *Galería de mujeres célebres,* Madrid, Establecimiento Tipográfico de Álvarez Hermanos, tomo V, 1888, pp. 62-63

en nuestro antiguo teatro, en el cual son traslado fiel de la sociedad y de la vida de entonces[18].

No obstante, el escritor lo recrea en su novela *Morsamor*, en la figura de donna Olimpia de Belfiore, cuya existencia transcurre en pleno Renacimiento, uno de los momentos históricos de mayor esplendor de las cortesanas:

> Una de las más artísticas, hermosas, sabias y elocuentes mujeres, que ha producido Italia en nuestros días, en que renacen, más allí que en otras regiones, la antigua cultura grecorromana y las ciencias y artes de amor, de paz y de guerra [...] tiene portentoso ingenio y despunta por su mucha doctrina. En Italia la celebran de *mirabilmente colta*. Sabe latín como Nebrija; sabe también algo de griego; ha leído los poetas e historiadores antiguos y clásicos y los de su patria, y entiende tanto de cuanto hay que entender, que pasa por un Pico de la Mirándola o por un Fernando de Córdoba, con faldas[19].

Y trata de actualizarlo en uno de sus más logrados personajes femeninos, la Rafaela de *Genio y figura*, una «*hetera, suripanta* o *moza de rumbo*», además de «licurga o marisabidilla», un personaje femenino que une, a su condición de mujer de mundo, la de aficionada a la lectura y buena conversadora, al modo de Aspasia: «En París, dígase lo que se diga, no abundan las Aspasias. Al menos él no las había encontrado, o bien ellas, considerándole profano, le habían ocultado su retórica y su filosofía, guardándola para los Pericles y los Sócrates, y luciendo a lo más su ingenio en *calembours* más o menos desvergonzados y burdos»[20].

Este paradigma lo pone también en funcionamiento Valera en relación con algunas de sus aventuras amorosas:

> Personas hay, en particular del sexo femenino, que son elegantísimas, ya por instinto natural, ya porque los diplomáticos las han desbastado, barnizado y puesto en limpio. Y entre estas mujeres de que hablo, hay una que la echaría a pelear con las más pulidas de Europa, porque no sólo es cortesana en el vestir y en los modales, sino que toca y se encumbra a lo científico y sublime como otra nueva Aspasia;

---

[18] Juan Valera, 1961, p. 248. «Revista dramática III» (Madrid, 13 octubre 1861).

[19] Juan Valera, *Morsamor* (1899), edición de Leonardo Romero Tobar, Madrid, Plaza y Janés, 1984, pp. 121-122.

[20] Juan Valera, 1982, p. 128

y en cuanto al arte de enamorar sabe un punto más que el demonio. (Carta a Estébanez Calderón de 12 de febrero de 1853);

Teatro de sus infidelidades suele ser la biblioteca de palacio; y de aquí resulta que las damas se instruyen; y a las pocas vainas que el Emperador les echa, se transforman en Aspasias y en Corinas. (Carta a Estébanez Calderón de 4 de agosto de 1853).

Otros nombres de cortesanas se suman al de Aspasia como sobrenombres puestos por Valera y Menéndez Pelayo a las damas por ellos frecuentadas, v.gr. «Ya en otra carta hablaré también de Lydia. Hoy diré sólo que Glýcera, Ródopis, Lydia y todas las demás, no merecen que un hombre del entendimiento de Vd., que tan útil y glorioso es para la patria, se atormente ni un minuto» (carta a Menéndez Pelayo de 6 de octubre de 1881). Antonio Rubió y Lluch, en una carta de 26 de mayo de 1880 al erudito santanderino le pregunta sobre esta convención: «No he leído tus versos a Lidia e ignoro quien es ella. ¿Es una ninfa académica o una poética evocación de una realidad? Deseo que me despejes la incógnita. Desearía también que, como buen castellano, llamases al pan *pan* y al vino *vino*, y te dejases de nombres clásicos que han pasado ya de moda».

Ródopis[21] parece ser la condesa de Pinohermoso, de Villa–Leal y de Velle, Enriqueta Roca de Togores y Corradini[22]; la identificación puede hacerse basándose en datos de la carta de la condesa a Menéndez Pelayo desde San Ildefonso, el 6 de agosto de 1886 y de las respectivas de Valera al erudito santanderino de 17 y 20 de agosto de ese mismo año. *Ródopis* es también la *Aglaya* (una de las tres gracias de la mitología griega) de las cartas; en la de Valera a D. Marcelino de 6 de febrero de 1882 aquél pregunta: «Pero ¿quién es esta Aglaya? Mi cu-

---

[21] *Ródopis*: Cortesana griega (s. VI a.C.), compañera de esclavitud del poeta Esopo; Caraxo, hermano de Safo, se enamoró de ella, la rescató y la hizo su amante; obtuvo importantes riquezas (Díez Canseco, vol. III, 1845, p. 365).

[22] La condesa de Pinohermoso heredó los dos primeros títulos en 1884 al fallecer su tío D. Juan Nepomuceno Roca de Togores y Carrasco, y el tercero de ellos al casarse en 1862 con D. Pablo Pérez-Seoane y Marín, II conde de Velle. Era una hermosa dama: «la Pinohermoso, rubia y pecosa, con ojos azules profundamente celestes, como turquesas, algo miopes, como asombrados siempre, que fueron pródigamente cantados por los poetas del pasado siglo» (Almagro San Martín, *Biografía del 1900*, segunda ed., Madrid, Revista de Occidente, 1944, p. 74); *Montecristo* (*Los salones de Madrid*, Madrid, Publicaciones de *El Álbum Nacional*, s.a., p. 173) escribe sobre ella: «es bella y elegante, y su cultivada inteligencia y el continuo trato con las eminencias literarias y políticas la han colocado entre las damas cuyo ameno y agradabilísimo trato es con más empeño solicitado».

riosidad está vivamente excitada. ¿La de Guaqui? ¿La Ródopis? ¿La marquesa de Aranda?», y en la de 19 de febrero de 1882 asiente: «no puedo menos de alegrarme y de aplaudir de que Aglaya sea nuestra Ródopis».

Lydia[23] podría ser Leonor Saavedra Cueto, marquesa de Heredia[24], contertulia de Valera y Menéndez Pelayo: «Esta desanimación y flojera no han consentido que yo escriba a la duquesa de Rivas. Cuando Vd. la vea, así como a la marquesa de Heredia y demás tertulianos, dales de mi parte cariñosas memorias y que deseo que Fausto tenga alivio» (carta a M. Menéndez Pelayo 30 de marzo de [1880]); a la tertulia de la de Heredia acudían con asiduidad Menéndez Pelayo y Antonio Rubió y Lluch, que le escribe a aquél en carta de 9 de febrero de 1880: «La discreta Leonor, como tú llamas a la marquesa, me pareció tan guapa como discreta, y tan entendida como discreta y guapa. Fui recibido con una amabilidad que en modo alguno merezco, y que debo más que nada a tus buenos oficios». En las cartas de los años 80 entre Valera y Menéndez Pelayo hay varias referencias a Leonor y a Lidia, sin que se identifiquen nunca una con otra; apoyaría esta identificación, sin embargo, el hecho de que en las cartas suele aludirse conjuntamente a Corina y Leonor Saavedra Cueto, marquesas de Aranda[25] y de Heredia, respectivamente, o *Hipatia*[26] y *Lydia*, ambas sabias, integrantes

---

[23] *Lydia* fue el nombre de una cortesana romana amante de Horacio. En relación con Lidia, Aglaya y Ródopis véase Carlos González Echegaray, «Menéndez Pelayo y las mujeres», en AA.VV., *Menéndez Pelayo. Setenta y cinco aniversario*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1989, pp. 37-56, en particular pp. 44 y ss. También Manuel Azaña, «La novela de Pepita Jiménez» (1927), en *Ensayos sobre Valera*, Madrid, Alianza, 1971, p. 238, y «Asclepigenia y la experiencia amatoria de D. Juan Valera» (1928), *Plumas y palabras*, tercera ed., Barcelona, Crítica, 1990, p. 94.

[24] Hija de D. Ángel Ramírez Saavedra, duque de Rivas, casada con el marqués de Heredia, Narciso Heredia y Heredia.

[25] *Corina Saavedra y Cueto*, hija del duque de Rivas, Ángel Ramírez Saavedra y marquesa de Aranda (casada con Jacobo Ozores y Mosquera, marqués de Aranda). El nombre de la de Aranda es sin duda emblemático: recuerda al de la célebre poetisa griega del siglo V que Valera cita en varios de sus escritos; «Hoy choca y aun apenas se concibe que Píndaro compitiese con Corina, y aun entonces, a pesar de que los griegos no eran galantes, Corina los cautivó, ganó el premio en los Juegos Olímpicos y dejó al lírico insigne con un palmo de narices», Juan Valera, 1961, p. 864. «Las mujeres y las Academias».

[26] *Hipatia*: Filósofa alejandrina, que vivió entre los siglos IV-V; conocedora de las matemáticas, la astronomía y la filosofía, impartió sus conocimientos en el Museo de Alejandría, donde contó con un círculo de discípulos admiradores de su figura y sus enseñanzas (Maria Dzielska, *Hipatia de Alejandría*, Madrid, Siruela, 2003). La identificación de Corina con Hipatia es explícita: «toda mi admiración por algunas

de la tertulia conocida como *Museo de Alejandría*[27]: «Dé Vd. de parte mía mil cariñosas expresiones a todas las sabias del Museo de Alejandría, a Lydia y a Hipatia sobre todo» (carta a Menéndez Pelayo de 27 de abril de [1881]). Con estos precedentes me parece reveladora la carta que el erudito santanderino escribe a Valera con fecha 20 de septiembre de 1881:

> Lidia, conforme a la inconstancia de su natural condición, acabó por cansarse de mí (ya hace meses) y después de mil embrollos y farándulas me dejó de todo punto, para irse con otro o con otros. Yo que había cometido la sandez de enamorarme perdidamente de ella, hice los imposibles por retenerla. Con esto, nos fuimos agriando: díjele cosas durísimas, aunque merecidas, y de todo ello resultó el quedar reñidos (pienso que para siempre), y reñido yo también con todos los de su casa, que andan contra mí hechos unos basiliscos, exceptuando quizá a la pobre Corina.

Con respecto a *Lydia* y *Aglaya* Valera afirma que fueron «la una y la otra sucesivamente, profetisas de amor, gentiles iniciadoras en sus misterios, Diótimas nuevas»[28] para Menéndez Pelayo[29], siendo sus poesías en ellas inspiradas

> cantos bellísimos; extraña explosión de amor, síntesis armoniosa de afectos algo paganos, como los de los poetas clásicos antiguos por sus Glyceras, Lesbias y Cintias y de adoración estática, como la de Dante y Petrarca por Beatriz y Laura. Pero, sobre todo, prevalece el sentimiento de que la dama, a quien el poeta se consagra, es como su musa, su sibila, su adoctrinadora; un hada o maga que le enseña la ciencia arcana que ignora aún[30].

Otros personajes femeninos representan la misma fusión de sabiduría y amor; v.gr. Ninon de Lenclos[31]:

---

señoritas de aquí no me hará olvidar jamás a Corina, Hipatia, o como queramos llamarla, que todo buen nombre merece». (Carta a Menéndez Pelayo de 5 de mayo de 1884).

[27] *Museo de Alejandría*: Escuela fundada por el emperador Tolomeo en Alejandría, en la que trabajaron los mejores filósofos, médicos, astrónomos, poetas, geógrafos y matemáticos; fue mandada destruir por el patriarca cristiano Cirilo, ya que era un centro del saber pagano; Hipatia la dirigió en sus últimos años.

[28] En *El banquete* de Platón, Sócrates recuerda las lecciones sobre el amor aprendidas de Diótima, mujer sabia no sólo en esta cuestión sino en otras muchas

[29] Juan Valera, 1961, p. 608. «*Poesías* de Menéndez y Pelayo» (1881).

[30] *Ibídem*, p. 607.

[31] *Ninon de Lenclos*: gozó de fama de ser la mayor belleza de Francia; fue una gran amante, digna sucesora de las cortesanas atenienses; libertina pero también culta,

no quise salir de la capital de Francia sin visitar a la duquesa de la Torre y sin admirar, como admiré, la longevidad de su belleza, que competirá pronto con la de Ninon de Lenclos. Al verme en casa de la duquesa, me pareció hallarme en la gruta de Calipso consolada *d'être immortelle*. Estaba la duquesa circundada de ninfas, entre las que descollaban Conchita y Pepita, sus hijas, cada una de ellas con su respectivo Telémaco, más o menos joven.

También la hechicera *Armida* de la *Jerusalén libertada* de Tasso[32]: «En cuanto a mi Armida brasileña, pondré en conocimiento de Vuestra Merced que es de las que han ido y van con más frecuencia a la biblioteca; pero S.M.I. aunque da ciencia, no da dinero, *porque están los bolsillos muy estrujados*; y como ella gasta desaforadamente, el pobre del marido tiene más deudas que cuernos» (carta a Estébanez Calderón de 4 de agosto de 1853); modelo que vuelve a recordar en relación con la princesa Ourousov, la *Armida rusa* (carta a Menéndez Pelayo de 18 de agosto de 1887), «la cual me parece que se ha encargado con sobrada solicitud y ardor de dar a la educación de mi hijo Luis los últimos toques» (carta al barón de Greindl de 10 de julio de 1887). O la sabia reina Libusa[33]: «Lo que yo tenía y tengo aún es cansamiento de tanto baile, falta de alimento espiritual, que el casto Muraviov de una manera, y de otra aún más grata la princesa Dolgoruki, que sabe más que la sabia reina Libusa, me darán en adelante» (carta a Cueto de 23 de febrero de 1857).

Al ideal de la mujer sabia y experta en las artes del amor se suma la metáfora de larga tradición literaria de la universidad de amor, una de las expresiones del platonismo amoroso, que Valera cita a través de la *Universidad de amor y escuela del interés*, obra atribuida a Salvador Jacinto Polo

---

defensora de la libertad, de la autonomía intelectual y amante de la provocación; mantuvo un salón (Heyden-Rynsch, 1998, pp. 47-48; Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2003, pp. 277 y ss.)

[32] *Armida*: personaje de la *Jerusalén libertada* de Tasso, hechicera seductora de gran belleza que dominaba las artes mágicas y creó una isla maravillosa para vivir a solas con Rinaldo, del que se había enamorado.

[33] *Libusa*: «Eneas Silvio, que si no me es infiel la memoria, llegó a ser Papa, parece que escribió una historia de Bohemia, donde refiere amores más dichosos de cierto pastor llamado Kroco con la ninfa de una encina. De estos amores nació Libusa, que fue reina de los bohemios. Sobre esto compuso un cuento el alemán Musaeus, que es donde yo lo he leído». (Carta a Menéndez Pelayo de 12 de octubre de 1885).

de Medina; el lema que acompaña a la *Universitas Amoris* es el siguiente: «En esta Universidad/ las mujeres son tomistas,/ los galanes, escotistas./ Hombres, ¡al escote entrad!»; y añade más adelante: «aquí se enseña a dos solos doctores, como advierte el letrero que a la entrada viste, que son Santo Tomás y Scoto, siendo las damas tomistas y escotistas los galanes, al pagar del escote»[34]. En una carta de D. Juan a Leopoldo Augusto de Cueto de 23 de junio de 1857, escrita desde París, le confía:

> Entre tanto, en estas calles, y sobre todo en los *boulevards*, claustro pleno de la universidad de amor, se queda uno embobado viendo pasar a las doctoras; y como ellas son *tomistas* y los hombres *escotistas*, según afirma ya de su época el discreto Jacinto Polo, se arman discusiones muy instructivas y profundas, e imita uno a Cristo, que también discutió con los doctores, aunque de esta imitación no habla Kempis.

En definitiva, Valera gusta de que las damas sean ilustradas:

> Nunca fui yo partidario de Molière, Quevedo, Moratín y otros autores inciviles que tantas burlas han dicho contra las mujeres doctas, sino de aquellos que como doctas las han ensalzado. Lejos de repugnar yo que estudien las mujeres, deseo que sepan de ciencias, letras y filosofía, y hallo absurdo el refrán que reza: mujer que habla latín, nunca tuvo buen fin[35],

escribe en el folleto *Las mujeres y las Academias*, a la vez que invita a las mujeres a abrir sus salones y a interesarse por la literatura:

> Las verdaderas academias de las mujeres son los salones [...] En la república de las letras, en vez de reprobar, aplaudo tales camarillas, y en España las echo de menos. Nuestra literatura, no diré yo que se resienta, sino que pudiera resentirse del desdén con que las mujeres la miran, sobre todo en las altas clases [...] No desde las Academias, sino desde sus casas, pueden las mujeres dictar leyes estéticas, acrisolar el buen gusto, y, al interesarse por la literatura, poner en ella el perfume de la distinción

---

[34] Antolínez de Piedrabuena, *Universidad de amor y escuelas del interés. Verdades soñadas o sueños verdaderos. Al pedir de las mujeres* (1636, 1640), edición de Gumersindo Plaza Oliver, Ciudad Real, Gráficas CR 2000, 2002, pp. 58-59. Sobre el tema véase Aurora Egido, «La universidad de amor y *La dama boba*», *BBMP*, LIV, 1978, pp. 351-371.

[35] Valera, 1961, p. 865. «Las mujeres y las Academias».

aristocrática, la urbanidad y la limpieza del chiste, el decoro y la mesura del estilo y la noble delicadeza de los sentimientos y de las ideas[36].

El *salón* o *tertulia*, término este último preferido por Valera, es un espacio de sociabilidad y de cultura a menudo ordenado en torno a la mujer y en el que «la *charla* o *causerie*, como dicen en Francia» es lo fundamental; D. Juan gusta de acudir a estas reuniones mundanas en las que los sexos se mezclan y si las mujeres «son ilustradas, discurrir con ellas sobre ciencias, artes y letras»[37]. Que el arte de la conversación gustaba a D. Juan sobremanera nos lo revela una imagen del escritor en su tertulia, visualizada por Emilia Pardo Bazán:

> su conversación iba siendo aún más educadora que sus artículos. Don Juan, en la libertad de la confianza, hablaba con gracia y malicia erudita, con fuego cuando se discutían cuestiones estéticas, y si bien rara vez estábamos de acuerdo (véase el libro que publicó sobre *El nuevo arte de hacer novelas*), yo le escuchaba con encanto, a la luz de su mente me parecía ver todo más claro y como de realce. Este goce de la conversación es de los que van desapareciendo en la infausta época presente, y yo procuré no desperdiciarlo, acudiendo siempre que me era posible a la reducida tertulia de la Cuesta de Santo Domingo, donde ni se murmuraba, ni se cotorreaba de política, pero donde casi nos arañábamos a propósito de un libro, de un verso, de un drama reciente. Al empezar la sesión, D. Juan aparecía recostado en su poltrona, caída la cabeza sobre el pecho, en postura de fatiga. Apenas se iniciaba la polémica, iba reanimándose; enderezaba el cuello, prestaba atención, intervenía. Poco a poco se galvanizaba; la sonrisa jugaba en su semblante, de amplios rasgos; se apasionaba, alzaba la voz, se levantaba, andaba a largos trancos por el aposento; a veces se indignaba, sin perder nunca el compás de la buena educación. Y esto sucedía cuando ya no tenían vista sus ojos[38].

Aunque las tertulias ofrecen un carácter distinto en cada país, Valera prefiere, sobre todas, las españolas, que son punto de referencia para juzgar las demás; así, le escribe a su madre desde Dresde el 7 de febrero de 1855:

> He oído, sin esperarlo ni quererlo, una tragedia entera en lengua alemana, que recitó la otra noche en una tertulia, no su autor, que no

---

[36] *Ibidem*, p. 860.

[37] *Ibidem*, pp. 866-867.

[38] E. Pardo Bazán, «El aprendiz de helenista», *ABC*, nº 5725, 13 mayo 1921.

> se sabe hasta ahora quién es, sino un aficionado y devoto de la tragedia [...] Como los alemanes son tan serios, se hacen en las tertulias lecturas por este orden y se canta música muy profunda. Yo prefiero con todo las tertulias menos sabias de casa de la condesa de Montijo, y cambiaría todo *El gladiador de Rávena* por un poco de *Mono amarillo* al lado de la amable duquesita[39].

Precisamente, el salón de Maria Manuela Kirkpatrick, condesa de Montijo, profusamente ilustrado en las cartas de Valera durante más de 30 años (desde 1847 hasta la muerte de la condesa en 1879) es considerado el paradigma de los grandes salones españoles del XIX, ya desaparecidos hacia finales de siglo, como escribe el cronista *Asmodeo* (Ramón López Navarrete):

> Nada más difícil que esto, lo cual se llama en Francia *tener salón*, y ha bastado en tiempos remotos y recientes para prestar importancia y celebridad a algunas damas. [...] Ellas solas, únicamente con los atractivos de su talento y de su conversación, lograron una de las cosas más difíciles que existen en el mundo: crearse un círculo de amigos desinteresados y sinceros, dispuestos a todos los sacrificios y a todas las abnegaciones. [...] Entre nosotros no han sido ni son frecuentes casos análogos o semejantes: en lo pasado sólo puede citarse a la difunta condesa de Montijo entre las señoras que llegaron a esa altura. Durante treinta años el palacio de la plaza del Ángel fue el centro de todas las ilustraciones españolas: de los hombres políticos eminentes, de los literatos y artistas insignes, siéndolo a la par de las bellezas célebres e ilustres y de los jóvenes elegantes y distinguidos[40].

En las tertulias de la condesa en su quinta de Carabanchel se realizan representaciones teatrales en las que sobresale su hija Paca:

> Se representó el proverbio en idioma francés, y la duquesa de Alba, que hizo el papel de Madame de Lhéry, se mostró tan única y consumada en el arte, que no creemos que pueda hacerse mejor que ella lo hizo, ni en la misma capital de Francia [...] mucho más valdría que, siendo como es, tan egregia y maravillosa artista, y no hay encarecimiento ni lisonja en esta calificación, tratase, no ya de competir con las Brohan

---

[39] Esta *duquesita* es la duquesa de Alba: Maria Francisca Portocarrero de Palafox y Kirkpatrick, 12ª duquesa de Peñaranda, hija de la condesa de Montijo, casada con Jaime Fitz-James Stuart y Vintimiglia, 15º duque de Berwick y de Alba.

[40] *Asmodeo*, «Los salones de Madrid. I. El de la duquesa de Medinaceli», *La Ilustración Española y Americana*, 8 febrero 1886, p. 94.

y otras célebres comediantes de París, sino de representar algunas de nuestras antiguas comedias, donde se pintan costumbres más elegantes y salen damas más discretas y de modales más cortesanos que en las comedias francesas, mostrándonos así lo que debieron ser las Amarilis, las Anas de Andrade, las Calderonas, las Ladvenant y otras infinitas y gloriosas histrionisas de los pasados siglos[41].

Un argumento parecido esgrime en relación con las representaciones en el palacio de los duques de Medinaceli, donde destaca la duquesa, Ángela Pérez de Barradas y Bernuy:

> Sólo sentimos que siendo tan buenas artistas las señoras duquesas de Medinaceli y marquesa de Villaseca y las señoritas de Torrejón, Paz y Álvarez de Toledo, y teniendo además estas artistas apellidos tan castizos, tan españoles y tan ilustres, no desechen los vaudevilles traducidos del francés y no se empeñen en representan siempre originales de nuestros poetas contemporáneos o de los antiguos. ¿Quién mejor que la duquesa de Medinaceli haría el papel de la condesa Aurora en *El castigo del penseque*; de Diana en *El desdén con el desdén*, o de la heroína de *El perro del hortelano de Lope*? ¿Quién podría interpretar como la linda y discreta marquesa, su hermana, aquellas damas tan agudas de Calderón, aquellas ingeniosas y traviesas mujeres de Tirso? Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y Serra tienen comedias lindísimas que pintan graciosamente las costumbres del día y que las ilustres actrices debieran también representar sin recurrir a las traducciones[42].

La duquesa de la Torre también solía dar representaciones dramáticas en su casa, tanto en la de Madrid, en el teatro Ventura (1887-1889)[43], como en la de París, v.gr.:

> En París hicimos muchas visitas, y la primera a S. M. la reina doña Isabel, que está floreciente y tan afable como de costumbre. Vimos también a la insigne duquesa de la Torre, cuya casa nos pareció la gruta de Calipso, toda cuajada de ninfas, entre las cuales descollaban

---

[41] Juan Valera, 1961, pp. 88-90. «*Revista de Madrid*. Cartas IV», 31 de agosto de 1856.

[42] Juan Valera, «Notas de sociedad» (*El Contemporáneo*, 1 de abril de 1863), en *Miscelánea*, *Obras completas. Vol. III*, Madrid, Aguilar, 1958.

[43] Carmen Menéndez Onrrubia, «Escenarios privados: El teatro Ventura», en AA.VV., *Espacios de la comunicación literaria*, edición de Joaquín Álvarez Barrientos, Madrid, CSIC, 2002, pp. 163-190.

> Pepita y Conchita, cada una de ellas con un joven Telémaco al lado y en íntimos coloquios. La Duquesa quería que nos quedásemos un par de días más en París, para asistir a una representación lírico-dramática que estaban ensayando y que iban a dar uno o dos días después. Se titula el tal poema lírico *Tanit-Astaroth*. [...] Todo ello se iba a poner en escena en casa de la Duquesa con el grande aparato que requiere. Por desgracia no pudimos quedarnos para verlo. (Carta al barón de Greindl de 23 de febrero de 1893).

Representaciones teatrales se dan también en el Real Sitio de La Granja de San Ildefonso, auspiciadas por la infanta Isabel de Borbón:

> La noche antes de mi partida fue la gran representación dramática en el teatro del Real Sitio. Estuvo brillante. Las dos compañías de aficionados, en francés y en castellano, fueron estrepitosamente aplaudidas. La infanta Dª Isabel les prodigó canastillos, ramos, coronas y guirnaldas de flores, tórtolas y palomas y lazos de seda. (Carta a Sofía Valera de 14 de septiembre de 1889).

Pero la Infanta se interesa, sobre todo, por la música[44]:

> La infanta Dª Isabel dispone y capitanea giras a caballo y en coche, con meriendas y otros excesos. Hay una compañía de zarzuela, no mala, y además un magnífico salón [...] donde se dan muy buenos conciertos, bajo la dirección del Sr. Arche. Los artistas son excelentes, descollando entre todos el Sr. Rubio, que toca primorosamente el violoncello. En estos conciertos, los maestros de esa tierra, como Beethoven y Wagner, hacen el gasto. El Sr. Rubio es, además, un gallardo mozo, y quieren malas lenguas que la Infanta le consagra más que artística admiración. Yo, sin embargo, no lo creo. (Carta al barón de Greindl de 4 de agosto de 1889).

De carácter ilustrado es también la tertulia de Emilia Pardo Bazán: «Doña Emilia Pardo Bazán volvió ya de su quinta de Galicia y tiene sus tertulias literarias. Conmigo está amabilísima, a pesar del folleto», escribe en carta a Greindl de 23 de octubre de 1891. Sobre esta tertulia existen muchos testimonios contemporáneos, como el de *Montecristo* (Eugenio Rodríguez

---

[44] Sobre la actividad cultural impulsada por la Infanta véase Maria José Rubio, *La Chata. La infanta Isabel de Borbón y la corona de España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pp. 289 y ss. Sobre la música de salón en el siglo XIX Celsa Alonso, *La canción lírica española en el siglo XIX*, Madrid, Instituto Complutense de Ciencias Musicales, 1998.

Escalera), a cuyo libro sobre *Los salones de Madrid* puso la escritora gallega un prólogo:

> Dos veces al mes recibe la Sra. Pardo Bazán a sus amigos, y en esas recepciones vespertinas, mientras en el salón azul la juventud se entrega a los placeres coreográficos, no es raro ver en la biblioteca, conversando con damas como la duquesa de Osuna, la condesa de Pino–hermoso y la marquesa de la Laguna, grandes amigas las tres de la insigne escritora, a Castelar, Pidal, Azcárraga, Linares Rivas, Menéndez Pelayo, Echegaray, Ferrari, Vidart, y otros muchos políticos, literatos y periodistas. Entonces sí que se admira en todo su esplendor el talento de la señora Pardo Bazán, tratando, ya de la situación política de la patria, ya del último libro publicado, o del drama que se acaba de estrenar, o del discurso académico recientemente pronunciado. Con todos discute, y siempre con admirable lógica y con gran facilidad de palabra[45].

En algunas de estas tertulias D. Juan da a conocer sus escritos. Así, en la de la condesa de Gomar, Ángela de Villalobos, *Doña Luz*: «Estando en casa de V. en una noche del verano pasado, conté la sencilla historia de Doña Luz. Hallóla V. bien, gracias sin duda a la indulgencia con que mira, y me animó para que la escribiese. Prometí escribirla y dedicársela a V.; aceptó V. la promesa, y hoy con el mayor gusto la cumplo»[46]; en la de Corina Saavedra su artículo dedicado al mes de *Junio*:

> He escrito, para un libro que van a publicar en Barcelona los Sucesores de Ramírez, titulado *Los doce meses del año*, el artículo de junio. Debe de ser muy disparatado y tal vez gracioso, pues le leí en casa de Corina y me le rieron mucho, aunque el auditorio aquel siempre fue muy benévolo para mí. Allí estaba Joaquina Viluma, que prestó atención. (Carta a Menéndez Pelayo de 19 de julio de 1888).

El racionalismo armónico surge de la tertulia de *Gláfira*[47], dama a la que está dedicado, con el fin de explicarle el krausismo de modo llano y pedestre, poniendo por escrito las conversaciones mantenidas entre ambos:

---

[45] *Montecristo*, «El salón de Doña Emilia Pardo Bazán», en *op.cit.*, p. 229.

[46] Juan Valera, 1968, p. 33. «A la señora condesa de Gomar», *Doña Luz*.

[47] *Gláfira* fue mujer célebre por su belleza y por el amor que supo inspirar a Marco Antonio, del cual obtuvo para sí y para sus dos hijos la corona de Capadocia (Díez Canseco, *op.cit.*, vol.II, 1845, p. 164).

> Así tuvimos ocasión, en la alegre tertulia de usted, de charlar alegre y desenfadadamente sobre el *yo* y su esencia; sobre si nos vemos dicha esencia o no nos la vemos; sobre si vemos a Dios o no vemos a Dios; sobre cómo se da el cuerpo en la conciencia; sobre que la humanidad tiene la figura de una lenteja en el *schema* del ser; sobre la elevada, sana y severa moral de los krausistas; sobre la aplicación de sus principios a la práctica de la vida, y sobre un sistema filosófico que se ha extendido por España, y que si bien traído de países extraños, tiene ya entre nosotros hondas y dilatadas raíces[48].

Desconozco a ciencia cierta a quién le aplica el escritor el sobrenombre de *Gláfira*; en 1859 Valera denomina con él a la duquesita de Alba, Maria Francisca de Sales Portocarrero y Kirkpatrick[49], pero la duquesita muere en 1860 y el texto de *El racionalismo armónico* es de 1873; sugiero que podría tratarse de la marquesa de Aranda, dama ilustrada, muy amiga de Valera, con la que, de este modo, saldaría su deuda de una dedicatoria nunca escrita, anunciada en carta a Gumersindo Laverde de 20 de abril de [1867]: «El libro sobre Feijoo, si llego a escribirle, irá dedicado a Vd.; el *Romancero peregrino*, aunque no nacido, está ya también dedicado a una ilustre y excelente señora, amiga mía: a la marquesa de Aranda».

También *Asclepigenia* fue dada a conocer en una de estas tertulias: «No sé qué pensar de *Asclepigenia*. Se la he leído a Pidal y a Núñez de Arce, que la han celebrado en extremo; pero también la he leído en una reunión, donde ha sido recibida fríamente» (carta a Menéndez Pelayo de 25 de mayo de [1878]). Manuel Azaña sostiene que «*Asclepigenia* se escribió, como *El racionalismo armónico*, para ilustración y recreo de algunas señoras aficionadas entre otros devaneos a las conversaciones filosóficas»[50], y afirma que es obra en clave en la cual Valera refleja los salones y las damas que luego aparecen citados en sus cartas a Menéndez Pelayo[51]. No creo que sea casual que las protagonistas de este diálogo sean dos

---

[48] Juan Valera, 1961, p. 1515. «El racionalismo armónico» (1873).

[49] «Hay en nuestra aristocracia algunas mujeres de despejo, chispa e ingenio, y entre ellas pongo en primer lugar a la duquesa de Alba, que fue la que me inspiró los versos "A Gláfira"; pero Gláfira y otras como Gláfira sólo piensan en divertirse». (Carta a Gumersindo Laverde de 3 de diciembre de 1859).

[50] Manuel Azaña, 1971, p. 238. «La novela de Pepita Jiménez».

[51] Manuel Azaña, 1990, p. 94. «Asclepigenia y la experiencia amatoria de D. Juan Valera».

damas cultas: Atenais y Asclepigenia, a las que su autor tilda de «sabias y hermosas damas»[52].

El modelo emblemático de estas reuniones de damas ilustradas son sin duda los salones renacentistas de la duquesa de Urbino:

> *El Cortesano* está traducido por Boscán, el maestro del gran duque de Alba, y lleva un prólogo del ilustre poeta Garcilaso. Trata de todas las excelencias, virtudes, habilidades y demás prendas que debe tener un caballero elegante y *comm'il faut* de entonces, y trata también de cómo debe ser la perfecta dama, con grandes discreteos y filosofías de amor. Todo ello son diálogos que pasan en los *salones*, como diríamos hoy, de la duquesa de Urbino[53], y los interlocutores son la propia Duquesa, Julián de Medicis, hermano de León X, el Aretino y otros no menos famosos personajes [...]. En casa de Catalina Casa-Bayona se reúne mucha gente todas las noches, aunque no es aquella tertulia, ni con mucho, tan discreta como la de la duquesa de Urbino. (Carta a Sofía Valera de 20 de julio de 1873).

De ahí sin duda que en muchas de estas damas cultas se señalen como cualidades la hermosura y la discreción, las cuales junto con el dominio del arte de la conversación son indispensables en la perfecta dama según Julián el Magnífico en *El cortesano* (Libro III, cap. I). Así, en una carta a Mariano Díaz de 10 de junio de 1857 le escribe sobre sus compañeros de viaje: «Para que nada faltase, teníamos a bordo dos comediantas muy corridas y alegres, una francesa y otra alemana, varias señoras de la alta clase rusa, tan discretas y leídas como elegantes y hermosas, y hasta un príncipe de Oldenburg»;

---

[52] Juan Valera, prólogo a *Cuentos, diálogos y fantasías*, Madrid, Tello, 1887, pp. VIII-IX. *Atenais* (siglo V) fue hija de Leoncio, filósofo ateniense, mujer dotada de gran hermosura, saber y elocuencia. En cuanto a *Asclepigenia*: «Esta Asclepigenia fue una sabia, hija de Plutarco, filósofo neoplatónico, la cual inició a Proclo en los misterios caldeos y en la teurgia. El sainete filosófico tendrá por asunto dichas relaciones». (Carta a Gumersindo Laverde, 28 abril [1878]).

[53] *La duquesa de Urbino* (Isabel Gonzaga, 1471-1526): esta célebre dama renacentista, casada con el duque de Urbino, Guidobaldo da Montefeltro, poseía un interés intelectual insaciable y una predilección por la vida social; en torno a ella se formó un grupo de caballeros y damas instruido y cultivado al que pertenecían también Giuliano de Médicis y el poeta Pietro Bembo; el director intelectual del círculo era Baltasar de Castiglione; éste la elogia en su obra *El Cortesano* como ideal de mujer; es el personaje femenino que en el libro III de *El cortesano* de Castiglione, dirige las conversaciones sobre la perfecta dama y en el libro IV ordena a Pietro Bembo que hable sobre el amor (Heyden-Rynsch, 1998, pp. 30-31).

con idénticos calificativos son motejadas la marquesa de Ayerbe, «linda y discreta historiadora»[54], la «elegante, discreta y linda marquesa de Bolaños»[55] y «la generosa, discreta y gentil duquesa de Villahermosa»[56].

El mejor exponente de la dama de clase alta, hermosa, culta y discreta es sin duda Corina Saavedra, con la que Valera mantiene una amistad personal durante muchos años y por la que experimenta una admiración sin paliativos, explicitada de modo reiterado en las cartas a Menéndez Pelayo:

> Dentro de poco llegará a Santander, donde permanecerá bastantes días [...] la marquesa de Aranda, señora muy instruida y de extraordinario talento (30 de julio de 1878),
>
> Mucho me agrada que haya Vd. hallado tan bien a la marquesa de Aranda. Veo que tiene Vd. buen gusto en todo, así en las obras de arte como en las de naturaleza. En la creación de la marquesa arte y naturaleza han trabajado a porfía. Ya no es guapa y nunca fue hermosa; pero es la mujer más interesante, más inteligente y más ingeniosa de España. Hay en ella una mezcla de bondad, de candor, de chiste, de sentimentalismo y de socarronería de lo más divino y diabólico que imaginarse puede (24 de agosto de 1878),
>
> dé noticias de ahí, literarias sobre todo, y también de nuestras amigas, entre las cuales está siempre la primera Corina. Déle usted un millón de expresiones cariñosas de parte mía cuando la vea, o no cuando la vea, sino vaya a verla para dárselas y para hablar con ella de mí, pues es la mujer por quien he tenido y tengo, desde hace treinta años, el más poético y extraño afecto de que son capaces los corazones humanos (6 de julio de 1884),
>
> Es evidente que si no puse a Corina en la lista de personas a quienes ha de dar usted el tomo II de mis obras, es porque Corina está como omnipresente en todas mis cosas y pensamientos, como la mejor, más notable y constante amiga (9 de marzo de 1887).

Además, en el artículo dedicado a las «*Poesías* de Menéndez Pelayo» la menciona sin citar su nombre, al comentar el poema «Elegía a la muerte de un amigo» (julio de 1881) que el erudito santanderino dedicó a la muerte

---

[54] Juan Valera, 1961, p. 1171. «Desde el castillo de Mos. Divagaciones a escape sobre diversos puntos» (1904).

[55] Juan Valera, 1961, p. 1132. «Una poetisa italo-hispana».

[56] Juan Valera, 1961, p. 1172. «Desde el castillo de Mos... ».

del hijo de Corina:

> Más hermosos aún que el amor se los ha inspirado la amistad; amistad dulcísima, entusiástica y respetuosa, a otra mujer de la sociedad aristocrática madrileña. La superior inteligencia de esta mujer, su bondad sin coquetería, la noble distinción de su porte y modales, su sencilla naturalidad y su afable indulgencia, ganan las voluntades todas. El literato, el filósofo, el político y el poeta, hallan en ella mente que los adivine y estimule cuando aún son oscuros, que los celebre y juzgue con más elevación que la generalidad cuando ya son ilustres y famosos, y que siempre los comprenda y estime. Como su apacible trato cautiva, pronto se granjeó el afecto de nuestro joven poeta. Ella le pagó con usura, en el más delicado aprecio de su ingenio y saber y en la simpatía más generosa[57].

Además de Corina, otras damas de la aristocracia se interesan por la cultura:

> En el día, particularmente en la *high life*, hay en esta corte no pocas lindas damas aficionadas a toda cultura intelectual, y que se prendan e interesan, como las mariposas a la luz, por cuanto de cualquier modo resplandece. Algunas han aprendido mucho de *re literaria*; otras tal vez no tuvieron tiempo para aprender, envueltas desde muy niñas en el torbellino de las fiestas, paseos, toros, teatros, tertulias y demás diversiones; pero la agudeza, la facilidad de comprensión y la claridad del natural criterio suplen con frecuencia la falta. De aquí que nuestras damas sean, a mi ver, tribunal casi infalible para fallar sobre el mérito de los hombres, ya brillen en la tribuna, ya escriban para el teatro, ya compongan libros de bella literatura y hasta de filosofía. Sobre el fallo viene el influjo [...] Numa aprendió no poco de Egeria, y Pericles y Sócrates aprendieron de Aspasia[58].

Las mujeres son esencialmente musas, inspiradoras y alentadoras de las obras de los hombres, pero también escritoras: «no contentas las mujeres con tanta gloria, no satisfechas de inspirar sólo, han querido y debido escribir también», escribe Valera en su «Elogio de Santa Teresa», y añade, «España ha sido tierra fecundísima en escritoras»[59]. Algunas de estas escritoras son damas de la *high life* que, además de interesarse por la cultura en sus salones,

---

[57] Juan Valera, 1961, p. 608. «*Poesías* de Menéndez Pelayo».

[58] *Ibidem*, p. 607.

[59] Juan Valera, 1961, p. 1140. «Elogio de Santa Teresa (contestación al discurso de recepción del Excmo. Sr. Conde de Casa Valencia en la RAE, 30 marzo 1879)».

favorecen su difusión impresa; el escritor se muestra sumamente elogioso con ellas: la marquesa de Bolaños, la de Ayerbe, la duquesa de Alba y la de Villahermosa son las damas objeto de su atención.

La marquesa de Bolaños (Paulina Spreca y Picolomini) es autora de un libro de poemas, *Rimas italianas y castellanas* (1903), al que Valera le dedicó el artículo titulado «Una poetisa italo-hispana» (1904), que parece fruto de la galantería más que de la admiración hacia su obra:

> Nuestra marquesa debe vencer y vencerá a no pocos poetas, porque es siempre mujer, y mujer elegante y hermosa, que escribe versos para mostrar la recóndita hermosura de su alma, así como canta para lucir lo melodioso y lo vibrante y dulce de su voz y así como se viste y se adorna para asistir a un baile o a un convite, sin duda a fin de que veamos y admiremos la gallardía, la pulcritud y la gracia de toda su persona[60].

La marquesa de Ayerbe publica en 1904 *El castillo del marqués de Mos en Sotomayor: apuntes históricos*[61], libro al que también le dedica un artículo sumamente elogioso, quizás fruto de su amistad con la autora; en una carta a su hija Carmen de 1 de enero de 1905 escribe D. Juan: «La marquesa de Ayerbe, a quien por mi desesperante esterilidad no acabo de adular como quisiese, dándole públicamente un bombo, se halla indispuesta, aunque no de mucho cuidado»; y en el artículo citado la menciona junto con la duquesa de Alba y la de Villahermosa en su interés por la cultura:

> En lo que llaman ahora *high life*, o no se leía nada o sólo se leían novelas francesas e inglesas. La dichosa reacción de algunas ilustres damas contra tan mala disposición de los ánimos es de muy buen agüero y merece los mayores aplausos. Las mujeres que recientemente se han distinguido más en esto, impulsadas por el patriotismo, por amor de su casa y familia y por muy justo y razonable orgullo nobiliario, han sido la última duquesa de Alba, hija de los duques de Fernán-Núñez y la generosa, discreta y gentil duquesa de Villahermosa. La marquesa

---

[60] Juan Valera, 1961, p. 1133. «Una poetisa italo-hispana». A algunas de estas composiciones les puso música Isaac Albéniz en *Seis baladas para canto y piano* (1888).

[61] La *marquesa de Ayerbe* era sobrina del marqués de la Vega-Armijo y esposa del Minisro español en Lisboa, Juan Jordán de Urriés y Ruiz de Arana. El castillo de Mos era propiedad del citado Marqués.

de Ayerbe ha seguido tan buen ejemplo con no escasa y bien merecida fortuna[62].

Por su parte, la duquesa de Alba desarrolló una importante labor de erudición al servicio del archivo y de las colecciones de la casa de Alba; en 1891 publicó *Documentos escogidos del archivo de la Casa de Alba;* en 1892 *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América;* en 1898 un *Catálogo de las colecciones expuestas en las vitrinas del Palacio de Liria;* y en 1901 *Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y relaciones de Ultramar.* También inició, aunque no llegó a concluirlo, el *Catálogo de la colección de pinturas del Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba* (1911), que completó su hijo Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó tras la muerte de su madre. A la erudita duquesa se refiere Valera en diversos escritos de modo muy elogioso; en el folleto *Las mujeres y las Academias* alude a ella sin dar su nombre:

> aún no hace tres semanas, cierta gran señora, dechado de elegancia, distinción y hermosura, ha dado a la estampa y al público un libro precioso, lleno de documentos, curiosísimos todos, amenos bastantes de ellos e importantes los más para la historia patria, cuando en ella se cifraba la historia del mundo. La misma gran señora ha ordenado, escogido y coleccionado los documentos sacados del archivo de su gloriosísima casa y los ha ilustrado con un prólogo o introducción donde lo juicioso y discreto compiten con lo bien parlado[63].

Y en carta a Menéndez Pelayo de 9 de agosto de 1899 expresa la esperanza puesta en la *high life* española gracias a trabajos como el de la duquesa:

> Yo doy por seguro que ni mi jefe político, Sagasta, por un estilo, ni por otro estilo las condesas, marquesas y duquesas elegantes, salvo nuestra amiga Corina, han leído una sola página de Vd. o mía, ni en prosa ni en verso, y que se aburrirían o se dormirían leyéndolas o no las entenderían aunque las leyesen. Nuestro mismo idioma está por estas gentes casi ignorado en lo que tiene de artístico y de primoroso. Yo, sin embargo, como soy en todo optimista, también en esto lo soy, y espero que han de ir mejorando las cosas. Algún indicio de ello nos da, por ejemplo, la duquesa de Alba con sus aficiones y con sus aparentes o verdaderos trabajos históricos. (Carta a M. P. de 9 de agosto de 1899).

---

[62] Juan Valera, 1961, p. 1172. «Desde el castillo de Mos... ».

[63] Juan Valera, 1961, p. 857. *Las mujeres y las Academias.*

Por último, la duquesa de Villahermosa[64] intervino en la edición de algunos textos: *Vida de la Venerable Duquesa Doña Luisa de Borja y Aragón* por Tomás Muniesa (1876), *Retratos de antaño* del P. Luis Coloma (1895), *Discursos de medallas y antigüedades* del duque de Villahermosa Martín de Aragón y Gurrea (1903), y el *Álbum cervantino aragonés* (1905). Valera escribe en contadas ocasiones sobre la duquesa, cuya relación fue más estrecha con Menéndez Pelayo, y cuando se refiere a ella suele hacerlo con ironía:

> Otra de las penitentas del Padre Coloma, grande amiga suya y que le escribe cartas de muchos pliegos es la duquesa de Villahermosa, condesa de Guaqui, lindísima y elegante mujer aún, si bien en su decadencia. Aquí tiene la gente no poco chiste para poner apodos y a esta Duquesa la llaman «O locura o santidad», como el título de un drama de Echegaray, porque ya se lanza en los devaneos mundanos, ya se consagra a la vida ascética, en bruscas alternativas. "O locura o santidad" es de lo más ilustre, por su sangre de la nobleza de Aragón, pues corre por sus venas la de aquellos antiguos reyes. Su casa es, en el día, un centro literario. Nuestro Marcelino come allí los domingos pero quien priva ahora con la Duquesa es Alejandro Pidal, presidente de las Cortes, si bien debe suponerse, conocida la santidad de Alejandro, y reconocida la sujeción de la Duquesa a la férula del Padre Coloma, que sus relaciones con Alejandro son sublimes, platónicas y espirituales. Esta duquesa fue la que hizo publicar la Vida de otra duquesa santa de su familia, como digo yo en mi folletito. (Carta a Alfred Morel-Fatio de 10 de mayo de 1891).

Y hasta aquí las *licurgas;* de D. Juan Valera en su relación con *autoras, literatas* y *poetisas* habremos de ocuparnos en otra ocasión.

---

[64] *Duquesa de Villahermosa*: La también condesa de Guaqui, María del Carmen Azlor de Aragón e Idiáquez, hija de Marcelino Azlor, duque de Villahermosa; heredó el título en 1889; se casó con el II conde de Guaqui, José Manuel de Goyeneche.